

no con el *modelo* oficial y *autoritario* que señala cómo ha de comportarse un *buen* español, pongamos por caso, o un *buen* catalán. No se quiere saber que la *realidad* de las distintas entidades colectivas a que pertenecemos no puede ser asumida de un único modo, sino en muy diferentes grados y direcciones. Ahora bien, si se acepta que el progreso principal de la humanidad consiste en otorgar valor real a la condición personal de todos los seres humanos, nos encontramos con que el único patriotismo compatible con él es el esfuerzo por extender a su alrededor la honradez y el afán de verdad (y lo que éstas comportan).

El sociólogo Amando de Miguel ha dedicado este libro a analizar la vida corriente de quienes comparten patria y «tiempo» con él. En nuestro repertorio común de vivencias destaca un «componente retórico» que explica, nos dice, que los españoles puedan declararse mayoritariamente satisfechos en lo económico, resignados en lo político y descontentos en lo social. Un pueblo de antiguos campesinos y de buen conformar, como el español, que ha pasado de una cultura del hambre (con una pretendida y legendaria austeridad) a una cultura de opulencia y de la inmediatez, en la que la ostentación y la apariencia han incrementado su prestigio y buen tono y en la que no se sabe aplazar las satisfacciones. Pero un pueblo con una clara disposición hostil, aunque sea de boquilla, contra el orden social. De Miguel señala que, en comparación al resto de europeos, los españoles muestran una insólita capacidad de adaptación al «liberacionismo» de costumbres. Se refiere asimismo al amiguismo en nuestra sociedad, a que nuestras relaciones interpersonales suelen ser deficientes, y considera que uno de nuestros mayores defectos es la insensibilidad con el dolor ajeno. En cambio, nuestra mejor cualidad sería el *hacer de tripas corazón*, esto es, el «desplegar

una inmensa vitalidad en los momentos de tribulación».

Merecen destacarse también algunas otras observaciones del autor: la práctica de la religión en un mundo secularizado es un factor decisivo de tolerancia (a este respecto me viene a la memoria una noticia que apareció en los periódicos hace unos ocho años: en el Ayuntamiento de uno de nuestros pueblos se personó, resuelto y decidido, un caballero para pedir los papeles que había que rellenar para que su hijita pudiera hacer la Primera Comunión... por lo civil). Sin distinguir nacionalismos, dice que dejados a sus impulsos acabando siendo violentos y se lamenta de que «sobre estas cuestiones no se puede escribir con soltura; siempre se levantan suspicacias». Así, desangelado, llega a una inusitada analogía: la Constitución permite el divorcio de las parejas, pero prohíbe su *equivalente* entre las regiones y el Estado. Ante tamaña simpleza cabe preguntar: ¿quién es quién en esas parejas?, ¿la *voluntad* de cada una de las partes viene dada numéricamente por la mitad más uno de los que pueden votar? Y si un país es algo más que sus presentes moradores, ¿cuentan los patriotas de antaño y los que están por venir? Si el destino concreto del hombre es, como enseñaba Ortega, la reabsorción de su circunstancia, ¿cuál es el destino concreto del pueblo? Acaso desarrollará proyectos que aúnen esfuerzos y generen energías en el beneficio indiscriminado de seres humanos de carne y hueso.

■ Miguel Escudero es profesor titular de la Universidad Politécnica de Barcelona.

LA VOZ DE RUSIA

Por Pilar de Cecilia

Algunos de los aspectos más positivos de la narrativa rusa tradicional aparecen

Título: «La resurrección de Mozart».

Autor: Nina Berberova.

Editorial: Circe, Madrid 1990, 188 páginas.

Precio: 1.450 pesetas.

encarnados, en síntesis, dentro de los tres cuentos que componen este volumen. El primero de los tres, y que lleva el mismo título que el conjunto, imagina a un misterioso músico —¿quizá el propio Mozart?— huyendo de París, en 1940, ante la amenaza de los bombardeos alemanes. El segundo, «La caña rebelde», es la historia de un amor iniciado en París, truncado en 1939 por la guerra y que varios años después, llegada la paz, se revela imposible y a la vez inextinguible, entre las brumas de Estocolmo y las puestas de sol en la laguna veneciana. El tercero, «Astachev en París», describe la vida de un cínico vividor que es capaz de traicionar a su madre y a una pobre joven solitaria que se ha enamorado ingenuamente de él, a cambio de satisfacer su afán de lujo con otra mujer tan oportunista y carente de escrúpulos como Astachev.

Nina Berberova, nacida en 1901 en San Petersburgo, y a quien la revolución comunista obligó a marchar a Francia, y luego, a causa de la guerra, tuvo que trasladarse a Estados Unidos, ha conservado a lo largo de todo su exilio un alma profundamente rusa y a la vez una intensa impregnación cultural de origen francés. Su obra, recientemente descubierta en España, en fechas ya muy tardías, es un ejemplo de cómo, lejos de la patria, ciertos escritores rusos han sido más fieles a la tradición artística de la que proceden que muchos de los que permanecieron en su tierra, debiendo ajustarse a las exigencias del régimen soviético. Aunque ambientes total o parcialmente en Francia, estas tres narraciones no sólo tienen todas ellas prota-

gonistas rusos exiliados, sino que la trama tiene en todos los casos, si bien en distinta proporción, esa mezcla de sentimentalismo, tristeza, nostalgia y fatalismo que son siempre el sello distintivo de la literatura del país de los zares, blancos o rojos.

Precisamente el mayor atractivo de las tres reside en el tono íntimo, recogido, con que se cuenta cada historia, como una confesión un poco triste, afectuosa, irónica y resignada, que la autora ofrece a cada lector en particular. Con un estilo poético muy rico y matizado, va desarrollando lentamente, a modo de pudorosa confidencia, los distintos episodios que componen la acción. Son acontecimientos comunes, propiamente de la vida cotidiana, de personas sin especial relieve en sus virtudes o en sus defectos. Sin embargo, los rasgos psicológicos de los protagonistas, sus sentimientos o forma de actuar, se describen en términos muy expresivos, con palabras tan escuetas como significativas. Sin excesos verbales, los dramas íntimos del amor, del desarraigo, la impotencia de unos seres humanos siempre débiles e indefensos en el fondo, están convertidos con acierto, que se hace evidente desde la primera página, en auténtica materia creativa.

Personajes, situaciones, ambientes y motivaciones están tratados con un realismo que a través de las dotes imaginativas de la autora queda elevado a una dimensión nueva, más rica y profunda. Antes que imponer unos hechos y unas ideas de modo tajante y preciso, lo que desea Nina Berberova es ofrecer al lector una serie de sugerencias, motivos de reflexión, sobre la historia reciente de Europa, en el Este y en el Oeste, y sobre la inmutabilidad de la condición humana, en cualquier época, capaz tanto de soñar y amar como de cometer los actos más viles.

■ **Pilar de Cecilia** es licenciada en Filología Románica y asesora literaria.